

**HOMILÍA DEL SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA
O DE LA DIVINA MISERICORDIA
EN EL MARCO DEL ENCUENTRO ANUAL DE LA CCIT 2017**

Muchas veces en los encuentros de Pastoral con los Gitanos he tenido la sensación de encontrarme en el cenáculo: pocos, con las puertas cerradas e invadidos por el miedo. No digo que esta sea mi única experiencia con los gitanos, podría contar cosas muy bellas, pero es lo que me evoca el arranque del evangelio de hoy: “en la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando los discípulos con las puertas cerradas por miedo a los judíos...”.

Creo que si somos honestos, nos reconocemos en el estado de ánimo de los apóstoles la tarde de Pascua. Grandes amigos de Jesús, pero inmovilizados por el fracaso e impotentes ante el desconcierto y la desbandada. Cuántas ponencias y trabajos de grupo, llenos de gitanos buenos, que se sienten sinceramente católicos, que llevan años de gran fidelidad a la Iglesia, pero que continúan apesadumbrados por el empobrecimiento de nuestra realidad pastoral y lamentándose por el abandono general de la Iglesia católica por parte de los gitanos y por el abandono de la pastoral gitana por parte de los párrocos.

Ciertamente las cosas no hubiesen cambiado en el cenáculo de no sucederse algo inaudito e inesperado: la aparición de Jesús resucitado y la efusión de su Santo Espíritu sobre los apóstoles. Los mismos evangelios nos transmiten, en los otros relatos de aparición, cómo los apóstoles se dispersaban, volvían a sus lugares de origen, a sus antiguos trabajos. De no ser por el don de Pascua y Pentecostés, no hubiese aparecido la Iglesia que nos describe la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles.

Eso es precisamente lo que estamos constatando en nuestra débil pastoral gitana: abandono, dispersión, desaparición. En estos últimos años asistimos a la agonía de las grandes romerías gitanas, a la desaparición de la pastoral gitana en muchas parroquias y diócesis, la falta de lo pascual y lo pentecostal en nuestra pastoral está haciendo estragos.

Aprendamos aquello que nos pide el Señor como prioridad pastoral, démonos cuenta del toque de atención que supone la duda de Tomás y soñemos comunidades gitanas al estilo de la primera comunidad nacida de Pentecostés.

El Señor nos pide que prioricemos todo aquello que permita que los gitanos vivamos un encuentro vivo con Él. Ya sabemos que por el mero hecho de celebrar la eucaristía en nuestras jornadas, cursillos o encuentros no podemos decir que ya estamos procurando el espacio y los medios para propiciar este encuentro.

La peregrinación a Roma, los cursos Nueva Vida de la Escuela de Evangelización de San Andrés, hasta las últimas jornadas en Fregenal de la Sierra nos permiten distinguir con claridad qué queremos decir cuando hablamos de actividades pastorales que propicien el encuentro con Cristo Resucitado.

Los detalles que acompañan la aparición del Resucitado aclaran mejor lo que quiero decir cuando hablo de priorizar actividades que propicien el encuentro con el Señor. Fijémonos que Cristo: se pone en medio de los discípulos; les desea la paz; les muestra los signos de su pasión; ellos se llenan de alegría; son enviados a la misión; y reciben la efusión del Espíritu Santo.

Nuestras actividades tienen que buscar incansablemente y repetidamente el encuentro comunitario con Cristo y suplicar la efusión de su Santo Espíritu. En la hora que vivimos, nuestras propuestas no pueden consistir en reflexiones y análisis sobre la realidad, sobre lo que tenemos que hacer, sobre estrategias. Tienen que concentrarse en la escucha orante de la Palabra, en la contemplación de los sagrados misterios, en el diálogo sincero y creyente sobre nuestras vidas, para que el Señor se pueda hacer presente, ofrezca su paz, inunde con su alegría e infunda su Espíritu.

Experimentar la presencia de Cristo no consiste simplemente en un momento gozoso y sereno de fraternidad. Precisamente porque cuando el resucitado se aparece, muestra las heridas de su pasión, inunda con su alegría, infunde su espíritu y envía a la misión, podemos distinguir entre una simple experiencia de fraternidad y una experiencia de encuentro con Cristo. La paz de un encuentro *amical* o fraternal es bello y gozoso pero no nos redime, no nos sana, porque no conlleva el encuentro con Aquel que nos redimió del pecado con el ofrecimiento de su sangre. Tampoco llena de la alegría contagiosa del evangelio. Carece, además, de otro signo inequívoco del encuentro con el Resucitado, que es el deseo de contar a otros lo vivido y de invitarles seductoramente a este tipo de encuentros. En fin, no acontece como algo marcado por el poder de Dios que transforma la realidad transformándonos a nosotros.

Esto puede decirse tanto de las reuniones semanales de la pastoral gitana de una parroquia, o de una diócesis, como de las jornadas, romerías y encuentros nacionales. Mientras no nos demos cuenta de esto y no procedamos priorizando en nuestras actividades aquello que facilita que el Señor se manifieste e infunda su Espíritu Santo, no saldremos del miedo del cenáculo de la tarde de Pascua.

Démonos cuenta del toque de atención para nuestra pastoral que supone la duda de Tomás. La aplicación es muy sencilla. Tomás no estuvo en la primera aparición de Jesús. Sus hermanos se lo cuentan apasionados y él no los cree. Más aún, les desafía afirmando que “si no le veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”. Hasta que, ocho días más tarde, Cristo se aparece de nuevo a los discípulos, estando presente Tomás.

No ignoro que este camino pastoral que describo, a raíz del evangelio de este domingo, provocará numerosos amigos de santo Tomás. Desde aquellos que temen cualquier propuesta que no sea la acción social, pasando por aquellos que consideran que en pastoral gitana ya se ha probado todo y nada funciona, hasta los que consideran que la evangelización del pueblo gitano empieza y acaba en el testimonio de la caridad, entendida como promoción educativa y social, ¡cuántos compañeros de santo Tomás!

No nos engañemos. Ya sabemos que el simple trabajo social con los gitanos no les lleva a la fe en Cristo. Los gitanos son como santo Tomás. Son sensibles, pasionales, amantes de tocar y ver. ¿Por qué motivo han tenido tanto éxito los pentecostales de Filadelfia? Seguramente por varios motivos pero, sin duda, porque ellos han juntado gitanos para orar, para alabar, para escuchar la palabra de Dios. Lo han hecho y el Señor se ha manifestado vivo y ha derramado su Santo Espíritu y muchos gitanos se han convertido en testigos contagiosos de la fe cristiana evangélica.

¿A qué estamos esperando para juntar gitanos para orar, alabar y leer la palabra de Dios? ¿A qué estamos esperando para arriesgarnos a permitir que el Resucitado se manifieste y derrame su Espíritu Santo?

Soñemos comunidades gitanas al estilo de la primera comunidad nacida de Pentecostés.

Hace seis años que me embarqué en la pastoral gitana a nivel nacional. Poco a poco he tomado el pulso de la realidad y, salvo algunas bellas excepciones, no he encontrado comunidades gitanas de base. A pesar de la bondad y la buena voluntad de muchos, poquísimas realidades gitanas en las parroquias y en la diócesis que reuniesen las notas características de la primera comunidad cristiana –constancia en la escucha de la enseñanza de los apóstoles, unión fraterna, fracción del pan y oración en común–.

Algunas diócesis, gracias a un largo trabajo, gracias también a la peregrinación a Roma al encuentro del Santo Padre Francisco, han conseguido congregarse a un buen número de gitanos y están viviendo un verdadero Pentecostés. Cada semana se reúnen para un tiempo de lectura viva de la Palabra de Dios, de oración en común y de fraternidad. Algunos añaden la celebración de la eucaristía. Otros intentan ir juntos a la misa de la parroquia. Estas realidades de pastoral gitana son las que crecen, son las que se aprovechan numerosamente de los cursos de evangelización que estamos proponiendo. Son las que sus miembros están experimentando la presencia del Resucitado y el poder de su Santo Espíritu.

Estas realidades nos indican el camino pastoral que tenemos que seguir. Un Pentecostés gitano en la Iglesia católica para que nazcan pequeñas comunidades gitanas en el seno de nuestras parroquias.

El catolicismo gitano sociológico está terminando. El pueblo gitano que por cultura, por respeto a la tradición y por un cierto aislamiento sociocultural resiste particularmente a los cambios, ya manifiesta con claridad que, de no abrirnos a un nuevo Pentecostés, pronto no existirán gitanos católicos.

La pastoral gitana católica solo puede ser renovada por Cristo Resucitado y por el don de su Espíritu. Mientras la Iglesia no lleve de la mano a todos sus hijos a un nuevo Pentecostés, estará llena de discípulos semejantes a santo Tomás que si no ven, si no viven esa experiencia, no creen.

Así lo estamos constatando en los cursos Nueva Vida de la Escuela de Evangelización de San Andrés de la Pastoral Gitana de España. ¡Gloria a Dios!

Guadarrama, 23 de abril de 2017